

# La máscara del dios vampiro

Mauricio Molina

*En diciembre de 1985 fueron robadas del Museo de Antropología e Historia diversas piezas entre las que se encontraba la máscara del dios murciélago de la cultura zapoteca. A partir de aquel caso aún sin resolver Mauricio Molina —autor de **Cuentos de terror**, **Tiempo lunar**, entre otros— elabora un cuento de vampiros que funde las tradiciones europeas y prehispánicas.*

Un naturalista excesivamente acucioso dio en llamar vampiro a una variedad de murciélago que chupa la sangre de otros animales por la noche. Este afortunado bautismo ha permitido algo que el Mito ya conocía de antemano: la asociación del vampiro animal y del vampiro del sueño. Basten estas líneas como preámbulo para contar mi historia.

Ahora que los años han caído sobre mí y que el tiempo ha secado mis entrañas me decido a contar mi modesta participación en el Mito y, aunque la inmortalidad física me fue negada por el Maestro, puedo acceder a ella por el único medio del que dispongo: las palabras.

Debo comenzar este relato con una confesión escandalosa: yo robé la máscara del dios vampiro del Museo de Antropología e Historia de la Ciudad de México hace muchos años. Sé que la Interpol y los servicios secretos mexicanos me buscan desde entonces y, aunque sea capturado, aunque me amenacen con la tortura y el fuego, no podría devolverla, porque el dios vampiro se encuentra ya en posesión de su máscara y ni siquiera la estaca podría ya arrebatársela.

Mi nombre, hay que apuntarlo en algún lado, fue Baltazar Al Rashid y nací en Estambul hace más años de los que quisiera recordar. Mi sangre la recorren mercaderes y asesinos, ávidos lectores del **Corán** que veneraban en secreto el fuego de Zoroastro. De algo estoy seguro: entre mis ancestros figura un guerrero que atravesó los Cárpatos para invadir los pueblos de los cruzados y que murió empalado en el intento por la pérfida progenie de Dracul.

El Maestro y yo nos encontramos una oscura tarde londinense en el transcurso de una subasta en Christie's. Le gustaba adquirir antigüedades y objetos muy selectos: dragones chinos, tapices turcos, trivia de Hollywood. El azar nos sorprendió pujando por los carretes anticuados de la primera versión de **Nosferatu**, de Wiene. Los vampiros eran su afición, lo mismo que la mía, pero la suya era una fortuna de posibilidades infinitas (no estoy exagerando) y la mía se limitaba a unos cuantos ceros en diversas cuentas bancarias dispersas por el mundo. Alto, muy alto, desgarbado, pálido, de nariz y orejas muy grandes, el Maestro era todo menos un cliché:



Máscara del dios murciélago, 200 a.C.-200 d.C.



Vlad Tepes

había algo en él de concreto y fuerte, de presencia rotunda muy distinta a la de esos seres fantasmales con los que se identifica tan fácilmente a los seres de la noche. Era más un rozagante empresario centroeuropeo que un vampiro de Ucrania o Bucarest. Me invitó algunos tragos en el Club Armenio, no muy lejos de Hyde Park. El whisky de malta y la complicidad en ciertos temas relacionados con el esoterismo permitieron que naciera entre nosotros una amistad inquebrantable que duraría toda la vida y aún hoy sería imposible que la rompiera, a pesar de que su promesa de hacerme inmortal no fuera cumplida. Muy pronto me convertí en su representante. Jugosos pagos, a menudo iguales al monto de lo que había adquirido para él, nutrían mi fortuna. Negocié para él desde raros manuscritos medievales hasta la capa que Bela Lugosi había usado en el clásico filme *Drácula* de 1936. Su pequeño apartamento en el Soho londinense contrastaba con el opulento chalet donde vivía en Montségur, muy cerca de la frontera con Suiza, en las apartadas regiones que habían habitado los cátaros.

No me reveló su verdadera identidad hasta que ya fue demasiado tarde y la amistad había echado raíces muy profundas. Lo recuerdo bien. Viajábamos de Londres a Nueva York en un vuelo nocturno. Hablábamos

de números y de la colección de objetos personales de Ceaușescu que sería rematada en Sotheby's, entre las que se encontraban diversos objetos que le pertenecían, como una espada con empuñadura de hueso repujada con rubíes y amatistas, cuando así sin más y frente a su whisky inevitable me dijo:

—Yo soy Tepes, último de la estirpe de Dracul... y hoy me apodan ridículamente Conde Drácula.

Yo no sabía que era vampiro antes de que lo dijera. Prefería el trato diurno y le gustaba la buena comida y el buen vino. Ni el sol ni los crucifijos ni el olor del ajo le hacían el menor daño. Como ya he dicho era un hombre extremadamente sano. Yo no acerté sino a decirle:

—¿Así que eres inmortal?

—Inmortal no, pero llevo ya viviendo más de quinientos años y espero vivir al menos otros tantos.

Me contó la historia de su conversión en vampiro: en una de tantas treguas los turcos le habían enviado un harén de mujeres maravillosas y perfectas. Nubias de piel de ébano, aceitunadas indias raptadas de los templos del Punjab, afganas de ojos violetas, judías que recitaban el *Cantar de los cantares* en hebreo, orientales dóciles y hábiles para los placeres de la almohada y, entre todas ellas Sayla, una armenia de piel de leche y pelo negro como el azabache. Era una mujer salvaje de las

estepas y su amor era violento y agresivo, nada que ver con la sofisticación de las demás mujeres. Por esa razón Tepes la había preferido desde el principio. La vampira lo mordió muchas veces, las primeras con el fin de matarlo, pero las siguientes para convertirlo en lo que ella era, un vampiro. Cuando Sayla se lo confesó a Tepes, una noche al amor de la hoguera, éste la decapitó sin pensarlo con su propia cimitarra. Se arrepintió de inmediato. Gracias a ella había atravesado los siglos. Nunca la había olvidado.

Yo le expliqué que estaba muriendo, que un cáncer mortal corroía mis entrañas y le pedí que me hiciera inmortal o que al menos extendiera mi vida algunos años. Me explicó que no le gustaba convertir a otros en vampiros. Lo había hecho algunas veces, con mujeres de las que se había enamorado profundamente, entre las que recordaba a Isabella, una noble veneciana que vivió hacia el siglo xvii y a Sophie, una prostituta judía que le había presentado Baudelaire, pero se había arrepentido de volverlas vampiras ya que, según sus palabras, ningún amor puede ser eterno. Ahora ellas andaban por ahí infectando incautos, que a su vez infectaban a otros incautos, extendiendo lentamente el mal sagrado.

No sólo había conocido a Baudelaire, también había tratado a Nerval y, más lejanamente, a Rimbaud. Le gustaba la poesía francesa del siglo xix, los románticos alemanes, como Hölderlin y Novalis, odiaba a Goethe a quien había conocido personalmente —decía que era insoportable—, y frecuentaba a los barrocos españoles. Estos gustos, yo lo sabía bien, lo habían llevado a comprar manuscritos de poetas y escritores. Odiaba las novelas, le parecían ociosas y sin sentido “libros para viudas”, pero sobre todo le disgustaban las novelas de vampiros, que para él eran inexactas y fuera de tono, sobre todo *Drácula* de Bram Stoker, una abominación. Prefería los cuentos y relatos de vampiros como los de Polidori y Gautier, acaso por sus orígenes rumanos en cuya tradición folclórica abundan las formas breves. Le parecían más cercanos a lo que él llamaba “la verdad poética”. Odiaba la pintura, al grado de que le gustaba comprar cuadros muy caros sólo para destruirlos. Cosa rara: amaba la fotografía, pese a que por su naturaleza esencialmente onírica él nunca podría ser

retratado. Como ya he dicho, el cine era una de sus aficiones predilectas.

Todo eso y muchas otras cosas más me contó en aquel vuelo nocturno de Londres a Nueva York. Yo insistí en ser convertido, pero como buen negociante me pidió a cambio una tarea: robar la máscara del dios murciélago del Museo de Antropología e Historia de la Ciudad de México. Era imposible comprarla y sólo podía encargarle el trabajo a alguien de su entera confianza.

En Nueva York me dediqué a investigar todo sobre la máscara. El dios murciélago era uno de los dioses mayores de la cultura zapoteca de Oaxaca en México. Para nadie es un secreto que el vampiro es un animal que sólo se conoció hasta después del descubrimiento de América. Aquel pequeño ser que se alimentaba de sangre de seres vivos había iluminado la imaginación de los pueblos mesoamericanos y su presencia era recurrente entre los mayas, los olmecas y los propios aztecas, culturas que recurrían al sacrificio ritual para alimentar de sangre a sus dioses. Tepes me explicó la clave que faltaba: algunos sacerdotes eran vampiros como él y mucho más poderosos. Tepes sólo viviría unas centurias después de ser contagiado por Sayla. Los sacerdotes zapotecas eran inmortales y su poder les era conferido gracias al contacto con los dioses por medio del sacrificio ritual. El medio para acceder a la plenitud, a la eternidad, involucraba a la máscara de jade del dios murciélago.

Mis investigaciones dieron con las culturas del Neolítico donde se veneraba a una raza especial de seres humanos, casi todos muy longevos, que fungían como chamanes. Gracias a ellos se habían dispersado por el mundo ciertas imágenes y ritos. De las heladas estepas de Siberia hasta las culturas de América del Sur y de las profundidades de Camboya hasta la cultura egipcia, estos seres habían atravesado los siglos hasta que habían desaparecido definitivamente por muerte, por cansancio, por olvido. Unos cuantos como Tepes quedaban en el mundo. Algunos se habían retirado al Tíbet, cuyo folclor era rico en imágenes y cuentos de vampiros, o recorrían la Tierra conociendo nuevos sitios, buscando a seres como ellos.

En México los vampiros se habían retirado hacia siglos. La Inquisición, la voluntad de olvido y sobre

Hace más de doscientos años que Guadalupe desapareció de mi vida. Los vampiros no suelen quedarse más de cien años juntos, así que puedo decir que fuimos afortunados.

todo el cansancio los había llevado a la extinción. Tráandose de una de las culturas que mejor había identificado al ser biológico con el ser onírico, era una lástima que sus sacerdotes hubiesen perecido bajo la barbarie de la corona española.

No era fácil, según me dijo Tepes, convertirse en vampiro. Se necesitaba, primero, de un vampiro con cualidades especiales, de modo que el cliché del vampiro que infecta a un ser humano con sólo morderlo y alimentarse de su sangre era totalmente falso. Para que un vampiro lograra convertir a otro era necesario el contacto prolongado (supongo que Tepes se negó por esta razón precisamente), la continua frecuentación de la sangre del otro. Los antiguos sacerdotes mesoamericanos, por ejemplo, conseguían esto al desollar en carne viva a un vampiro y al vestir sus pieles y permitir la absorción durante horas, a veces podían ser días, de la sangre del otro. Y tal era la razón por la que había muy pocos vampiros en el México antiguo: eran las víctimas predilectas de los rituales más altos y su sangre era el alimento de los dioses.

Así fue como después de recibir las órdenes de Tepes me trasladé a la Ciudad de México la víspera de Navidad. Era una ciudad horrenda y grandiosa. Cubierta por una espesa capa de *smogy* polvo, guardaba múltiples maravillas y secretos. Su bullicio, el carácter de su gente, su suciedad, me recordaron de inmediato mi natal Estambul. Me hospedé muy cerca del Museo de Antropología e Historia y muy pronto lo conocí al dedillo. Su sala egipcia y babilonia dejaba mucho que desear. La información de las civilizaciones mesoamericanas me pareció tendenciosa y me recordó algo que a menudo sucede en las culturas milenarias: los mejores y más acertados estudios eran realizados por extranjeros que podían ver con distancia lo que para los arqueólogos locales se volvía nebuloso. Así por ejemplo al mirar a la Coatlicue, diosa del desecho y la inmundicia entre los aztecas, me pareció evidente que ahí se encontraba el corazón palpitante de la Ciudad de México, su símbolo, cifra y anagrama.

Voy a hacer un alto en mi narración para describir mi primer encuentro con la máscara del dios vampiro. Todavía me afectaba mucho el aire enrarecido de la atmósfera, llevaba pocos días en la Ciudad de México. Había bebido alcohol y una extraña comida consistente en un pimiento enorme relleno de carne molida cubierto con una salsa de nueces adornada con dientes de granada china se maceraba en mi interior, entre mis jugos gástricos. Estaba intoxicado. En los minutos que preceden a la fiebre, cuando todavía el mareo es muy leve, de me vi pronto frente a la máscara. Era un objeto de jade, de ojos inquisitivos, realizado todo en piedras preciosas. Podría haber sido chino o hindú, pero algo de sus orígenes salvajes parecía emanar de aquel objeto hacién-



Ofrenda de sangre a los dioses aztecas



Cartel de la película Nosferatu The Vampyre de Werner Herzog's, 1979

dolo único e irrepitible. Su pronunciada nariz y sus enormes orejas eran los rasgos más evidentes de aquel rostro simulado. Robarlo sería difícil, ya que se encontraba en un cubo de cristal en el centro de una sala bien iluminada. Los sistemas de seguridad eran muy simples. El problema era llegar hasta la sala sin ser visto.

Esa noche la fiebre hizo presa de mi mente. Vampiros inmortales vagaban por las ruinas de lugares largamente abandonados; Tepes me visitaba en mi casa familiar de Estambul y me daba un frasco lleno de un líquido rojo y espeso donde un enorme cangrejo se agitaba; en lo alto de las pirámides había seres ignotos... Me despertó el timbre del teléfono. Una voz de mujer me indicó que subiría hasta mi cuarto. Me vestí como pude. A los cincuenta y cinco años era difícil adecuarse a un nuevo horario, una nueva altura. Abrí. Su nombre era Guadalupe. No debía de pasar de los veinticinco años. Alta, morena, estilizada, tenía la belleza salvaje de sus antepasados mesoamericanos. Tepes la enviaba para el trabajo que debíamos realizar en el museo. Ella se encargaría de todo. Yo sólo debía de proveerla del dinero. La

cifra parecía en sus labios mucho más elevada de lo que realmente era. Le extendí un cheque y desapareció. Me mantendría informado. Me recomendó que la próxima vez estuviera más presentable.

La Navidad en México es una festividad muy rara. Dormí varias horas. Al despertar de nuevo sentí hambre. Bajé al comedor del hotel. Lo ocupaban familias y huéspedes. Salí en busca de algo que comer en los alrededores. Todos los restaurantes estaban cerrados. Pregunté a un taxista y sólo me pudo decir que aquella noche ni las prostitutas trabajaban.

Regresé a mi habitación y me bebí los restos del minibar. Al otro día sonó el teléfono. Era Guadalupe. El trabajo estaba hecho. Pasaría en una hora. Apenas si alcancé a ducharme. Me arreglé lo mejor que pude, traté de quitarme las huellas de la enfermedad y la vejez. Cuando llegó Guadalupe me sentí desmesuradamente feliz. Abrió un bolso de viaje grande. La máscara me miró de frente. No sé qué sucedió después, sólo recuerdo los besos, los abrazos, una energía como nunca había sentido fluyendo hacia mi cuerpo. Sus senos eran cálidos al tacto, palomas a punto de volar...

En el hotel, echados en la cama, Guadalupe me trajo el periódico: unos intrusos se habían colado al Museo de Antropología e Historia de la Ciudad de México y habían robado algunas piezas arqueológicas y la máscara del dios vampiro de la cultura zapoteca. Los guardias se habían embriagado con unas botellas de alcohol que alguien había dejado allí como carnada. La risa joven de Guadalupe encendía cosas que hasta entonces mi corazón desconocía. Lamenté no ser joven, sentí lástima por mi vida transcurrida entre cuentas y mercancías.

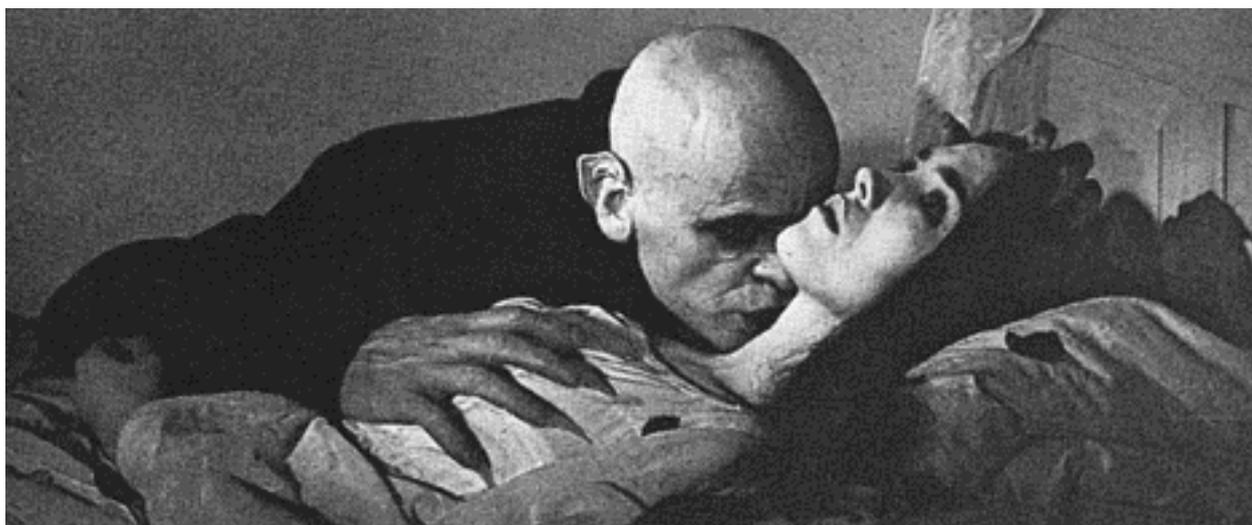
Después de aquel primer encuentro Guadalupe me explicó que la única manera de sacar la máscara del país era por tierra. Tepes nos encontraría en la Florida, desde donde se embarcaría rumbo a Bahamas y, siguiendo la ruta de los traficantes, partiría rumbo a Europa. Traté de comunicarme con Tepes, pero no me fue posible.

Sólo hasta mucho tiempo después supe que aquella muchacha de ojos negros, estilizada como un venado, sería mi paga.

Mientras avanzábamos rumbo al norte —el viaje duró siete días con sus noches—, cada vez que hacíamos el amor Guadalupe me infectaba para ser vampiro. En esos días sentí cómo la enfermedad retrocedía hasta desaparecer. Así fue como me convertí al Mal Sagrado.

Lo que ocurrió después es previsible. Tepes recibió la máscara del dios vampiro. Guadalupe recibió la paga que buscaba, que era la misma que la mía: dilatar un poco el breve lapso de nuestras vidas. La Inmortalidad era algo que Tepes, y sólo Tepes, disfrutaría. En los primeros días del siglo XXI nos encontramos en Londres. Apenas si pude reconocerlo. Joven, muy joven, había llevado a cabo exitosamente el ritual con la máscara del dios vampiro. Le esperaba recorrer la memoria humana, el tiempo de la especie, romper las barreras del futuro y ser inmortal como los más antiguos. Pero la naturaleza de Tepes era envidiosa: no quería compartir ese secreto. Quizás el Secreto mismo exigía no ser compartido. De cualquier forma le agradecí a Tepes el haber compartido aquellos días memorables conmigo.

Han pasado ya quinientos años. Hace más de doscientos Guadalupe desapareció de mi vida. Los vampiros no suelen quedarse más de cien años juntos, así que puedo decir que fuimos afortunados. Siento cómo mis órganos se secan. Pronto me convertiré en algo parecido a una momia, con la piel reseca, convertido en papiro. La inmortalidad me fue vedada por el Maestro. No siento tristeza ni lástima. En los siglos que he vivido pude constatar que el paso del tiempo es una ilusión y que la estupidez humana es infinita. Me queda el consuelo de haber añadido algunas imágenes al Mito. Abandono ahora la escritura de este documento y saboreo en la ventana el color rosáceo del crepúsculo. Es hora de hacer una última cacería. Al fin me he convertido en sueño. ■



Klaus Kinski e Isabelle Adjani en la película *Nosferatu The Vampyre*, 1979